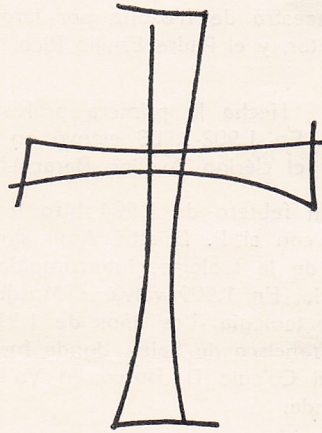


Colegio Salesiano de El Sufragio

Medellín - Colombia



Mis queridos Hermanos:

El 26 de octubre del presente año de 1.967, murió en esta ciudad de Medellín el Reverendo Padre

EMILIO RICO OSUNA

Tenía 83 años cumplidos. Los últimos transcurrieron en el Noviciado Salesiano de Copacabana, como confesor de los novicios. Lo aquejaban numerosos achaques: la falta de vista, perdida casi totalmente desde el año de 1.947 en que fue operado de cataratas; mala digestión de la que sufrió casi toda su vida; de la pérdida progresiva de las fuerzas; por último los médicos lo sometieron a una operación de la glándula prostática, de la cual no pudo recuperarse. Murió lentamente, auxiliado por los santos sacramentos y la oración de sus hermanos salesianos, en Medellín.

Con el Padre Rico desaparece una figura salesiana de los primeros tiempos de la inspección colombiana, de extraordinarios méritos.

Había nacido en Bogotá el 15 de setiembre de 1.884. Fueron sus padres don Bernardino y doña Regina Osuna, muertos ambos antes de que Emilio cumpliera los diez años. El 24 de enero de 1.896 entró como alumno interno al colegio Salesiano de León XIII de Bogotá en vísperas de las primeras profesiones salesianas hechas en Fontibón, población vecina de la capital. En el colegio manifestó el deseo de ser salesiano y sacerdote. Apenas cumplidos los 13 de edad fue enviado a la casa de noviciado a continuar sus estudios e iniciar su aspirantado.

El 8 de diciembre de 1.897 recibió la sotana y en 1.901 hizo la primera profesión. Eran tiempos heroicos aquellos de los primeros salesianos en Colombia; al frente de la Inspectoría estaba don Evasio Rabagliatti llegado de Chile y en el Aspirantado-Noviciado era director su hermano D. Silvestre. Recia estirpe de formadores eran ellos. Iniciaban entonces su vida salesiana hombres que han dado lustre a la Comunidad: D. Rodolfo Fierro Torres, infatigable en las letras; Monseñor Julio Caicedo, obispo de Barranquilla y Cali, matemático y teólogo; D. Medardo Charry, maestro de filosofía por largos años; el Padre Roberto Pardo Murcia, orador y escritor, y el Padre Emilio Rico, pedagogo, fundador de obras, director de almas.

Hecha la primera profesión comenzó a trabajar como asistente de aspirantes. En 1.902-1.903 estuvo en Bosa como maestro de escuela con el P. Caroglio y el clérigo Avelino Baracaldo, sacerdote salesiano años más tarde.

En febrero de 1.904 hizo la profesión perpetua y pasó a trabajar a Barranquilla con el P. Briatta. Aquí sin profesores y cargado de clases, comenzó el estudio de la teología, interrumpido una y otra vez por el trabajo y por su salud precaria. En 1.909 volvió a Mosquera como asistente de aspirantes, y siguió estudiando teología. Los años de 1.911 a 1.916 los pasó en Venezuela, en el colegio San Francisco de Sales, donde fue el alma de la casa. "Lo conocí, siendo yo alumno del Colegio D. Bosco en Valencia, y él profesor del de Caracas", recuerda el P. Ojeda.

El 18 de enero de 1.913, habiendo terminado sus estudios y por enfermedad del señor Arzobispo de Caracas, recibió la ordenación sacerdotal en Curazao de manos de Monseñor Miguel Gregorio Vuylsteke, O. P., obispo holandés, Vicario Apostólico de la Isla. En el Asilo de huérfanos que los salesianos dirigían entonces en Curazao dijo su primera misa, y en febrero, él mismo en Caracas, siendo consejero escolástico, se preparó la fiesta de su primera Misa cantada.

Del año de 1.916 a 1.922 estuvo en Bogotá en el Colegio León XIII, como catequista (1.917-1.918), Consejero y Prefecto. En 1.923 fue enviado a fundar la casa de Tunja (Boyacá); allí permaneció ocho años y tuvo como colaborador el P. Baracaldo famoso como director de canto. En 1.932 después de un año como Director de la Casa de San José en Ibagué, fue enviado a fundar la casa de Tulua. Algún tiempo más tarde fue comisionado por el Consejo Inspectorial para concertar la fundación de las casas de Cali, Neiva y Zapotoca.

A Mosquera pasó como Director en 1.934. Esta casa era entonces muy compleja porque el mismo techo albergaba los aspirantes, los filósofos y los teólogos; a corta distancia y también, bajo su jurisdicción, funcionaba el noviciado salesiano del cual era maestro el P. José Celma, español y Maestro de novicios en San José del Valle (España) años antes.

Por ese entonces formó parte del Consejo Inspectorial desde donde influyó notablemente en el gobierno de la Inspectoría. Era entonces el hombre maduro, experimentado, sereno en el obrar, quizá un poco áspero y severo en su exterior, de pocas pero autoritativas palabras, puntual como un reloj, calladamente piadoso, con un amor a la Congregación como el que se guarda por el propio hogar.

En 1.938 fue nombrado Delegado al Capítulo General. Allí llamó, cuenta D. Rodolfo Fierro, la atención de todos los capitulares, y de común acuerdo los americanos, le delegaron para que en el ágape del último día pronunciara el brindis gratulatorio al Rector Mayor y demás miembros del Consejo. En Turín tuvo que sufrir una operación quirúrgica, cuya convalecencia hizo en Valsalice, donde se cautivó el aprecio y admiración de todos".

En el año de 1.941 vino a Medellín como Director y Párroco de El Sufragio, más que todo para solucionar algunos problemas surgidos entre la Parroquia y la Curia. Terminada con éxito su gestión fue nombrado director del Teologado de Mosquera, ahora en casa aparte, hasta el 47, año en que tuvo el percance de los ojos que tanto lo afligió. Su vida activa comenzó a declinar. En 1.949 fue enviado como confesor al Instituto Pedro Justo Berrio de Medellín. En esta casa desarrolló dos actividades notables: la primera fue la dirección espiritual de las novicias de las Hijas de María Auxiliadora. En esta tarea se mostró como siempre: puntual, un poco severo y exigente en el fuero de la confesión, padre solícito, orientador seguro.

Como segunda actividad se dedicó con paciencia a escribir y alcanzó a publicar las siguientes obras:

Traducción de la vida de Santa María Mazarello.

Traducción y adaptación de los tres tomos de las meditaciones de Carmagnola.

La Pedagogía Salesiana; Don Bosco Pedagogo; La Señora de Lourdes y Vida de Monseñor Caicedo, más otras obrillas de didáctica inéditas que andan perdidas en manos de las hijas de María Auxiliadora.

Su estilo como historiador es lento y pesado; ordenado y sencillo en sus obras didácticas, pulido y castizo en las ascéticas.

El religioso salesiano.— Los datos biográficos consignados aquí nos retratan a un hombre de extraordinaria actividad y de hondo y dilatado influjo en los destinos de la Inspección. Pero conviene hacer ahora una breve semblanza del hombre, del religioso y del sacerdote.

Don Rodolfo Fierro, ilustre octogenario, al recibir la noticia de la muerte de D. Emilio, escribe desde Barcelona (España), una carta en la cual retrata al P. Rico en estos términos:

"Le agradezco el pronto aviso del fallecimiento del P. Rico, uno de mis cuatro grandes alumnos. Los otros son Mons. Caicedo, el Padre Charry y el Padre Pardo. Emilio fue desde niño un hombrecito serio, consagrado, valiente, sin pizca de respetos humanos ni indignas cobardías. Desde el noviciado amante como el más de la Congregación.

Hombre serio, concienzudo y valiente. La larga espera para llegar al sacerdocio se debió, no tanto a las dificultades para estudiar la teología en medio de los quehaceres del asistente salesiano, sino a su salud precaria y un poco sin duda al carácter duro. Sin embargo jamás se desanimó. En diciembre de 1.907 hacía petición a D. Antonio Aime para órdenes menores. En la carta le expresaba su firme propósito de trabajar lo más para la Congregación salesiana y el deseo ardiente por el sacerdocio. Pero prevenía que la negativa de parte de los superiores no lo desalentaría en su propósito de seguir trabajando con la misma buena voluntad que ellos conocían. Y donde otros hubieran visto razones más que suficientes para colgar los hábitos, él las vió para mantenerse

fiel a su palabra. Tuvo que esperar todavía seis largos años antes de ordenarse sacerdote.

Como religioso fue un hombre ejemplarísimo. Amó a D. Bosco con amor tan natural e indiscutible como el que se tiene al propio progenitor, y la Congregación fue para él, huérfano desde temprana edad, el propio hogar, cuna de sus sueños, palestra de virtudes, y campo de toda la actividad de su vida.

Quería entrañablemente a los Superiores mayores, y de los que conoció personalmente guardaba imborrables recuerdos. La correspondencia con el Padre Inspector, por los años de la fundación de la casa de Tunja, conservada toda ella en el Archivo Inspectorial, nos revela a un hombre activo, prudente en las relaciones con las autoridades así civiles como eclesiásticas, muy sumiso a las insinuaciones de los superiores, cuyo parecer consultaba con frecuencia.

En la pobreza religiosa fue austero consigo mismo y con los demás. Pero tenía rasgos de exquisita delicadeza con los enfermos, como cuando le pide al P. Inspector que le envíe a Tunja al P. **Carlitos** Bakaus a convalecer de dolorosa intervención quirúrgica. "Aquí lo rodearemos, escribe, de todos los cuidados y cariño que él merece, no obstante ser la casa chica y pobre".

Ilbado en las costumbres, a su castidad religiosa favorecían su aspecto severo y tal vez hosco, su franqueza en corregir, la prudencia en el trato con las personas, y su consagración al desempeño de sus deberes para con la comunidad.

Como sacerdote fue siempre ejemplar. Amaba y favorecía el esplendor del culto, el cultivo de la música sagrada, y las ceremonias. Preparaba con cuidado sus sermones y homilias, ricos en doctrina, pero un poco largos y pesados para el público joven al cual se dirigían las más de las veces. De las ciencias sagradas conocía con profundidad la teología moral de la que fue en el teologado a menudo expositor. Ya dijimos cómo se dedicó con celo extraordinario al apostolado de las confesiones cuando la vista no le permitía grandes actividades en otros campos.

Hombre de piedad sencilla, de una fe que no conoció menguantes, queda su vida como ejemplar y paradigma para todos los salesianos de nuestras Inspecciones.

Cuando el R. P. José María Bertola, su antiguo inspector en Colombia, supo la noticia de la muerte del P. Rico me envió unas líneas con estas palabras: "Nos queríamos mucho; yo creía que me iría primero al cielo. Me la ganó. Con todo seguiré encomendándole al Señor. Fue un salesiano modelo y esperamos que ya goce del premio".

Efectivamente, este juego de la vida y de la muerte él ya nos lo ganó. Pidamos por su eterno descanso, y roguémosle nos ayude a suscitar y formar vocaciones de su temple y calidad.

Afmo, en D. Bosco,

ILDEFONSO GIL
Inspector

Datos necrológicos: Sacerdote Emilio Rico O. Nació en Bogotá el 15 de septiembre de 1.884 y murió en Medellín el 26 de octubre de 1.967.